Espíritu Santo, id y andad en la vida." Y en las puertas de la tumba, cuando tendidos desfallezcamos ya en nuestro lecho de agonía, nos dirá el sacerdote: "Partid, alma cristiana, en el nombre del Padre que os crió, en el nombre del Hijo que sufrió por vos, y en el nombre del Espíritu Santo que os ha santificado. Así, pues, entre dos invocaciones á la Santísima Trinidad coloca la religion todos los dias del hombre; y como estos dias, semejantes á las ondas que se desbordan, podrian perder de su pureza, dejando de pasar bajo los ojos de Dios, ha querido el catolicismo que la memoria de la Trinidad se renovase, no solamente en todas las circunstancias graves de la vida, sino aun frecuentemente en el mismo dia.

Los sacramentos que se encuentran entre el Bautismo y la Estrema-Uncion, se administran todos en el nombre de un Dios en tres personas, y la Iglesia tiene tanto empeño en que los cristianos no pierdan de vista este misterio, que lo introduce en sus oraciones de por la mañana y tarde, en sus prédicas, en sus himnos y en su sacrificio. En la tierra se repite: "¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!" así como los serafines en sus eternos éstasis repiten: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos! Gloria á Dios en las alturas!" El *Gloria Patri* es la hossana de los hombres, el himno sin fin de este mundo.

El gran misterio de la Trinidad colma de tal modo nuestro espíritu, que es preciso para hablar de él de un modo digno, servirse de las palabras que los santos han dicho antes que nosotros; y sin esta prudencia se corre riesgo de desviarse. La gloria de Dios en tres personas fascina y turba: así, pues, nosotros profanos, nos limitamos á repetir el admirable símbolo de San Atanasio. Helo aquí en toda su sublime simplicidad: "Aquel que desee salvarse debe ante todo abrazar la fé católica y permanecer firme en ella; y el que no la conserve entera é inviolable perecerá eternamente.

"Consiste la fé católica en adorar á un Dios en tres personas, y estas tres personas en un solo Dios sin confundir las personas ni separar la sustancia.

"Porque una es la persona del Padre, otra es la persona del Hijo, y otra es la persona del Espíritu Santo; empero la divinidad del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo es una, su gloria igual, su magestad coeterna.

"Tal cual es el Padre, tal es el Hijo y tal el Espíritu Santo: el Padre es increado, el Hijo es increado é increado el Espíritu Santo: el Padre es inmenso, el Hijo es inmenso, é inmenso el Espíritu Santo: el Padre es eterno, el Hijo es eterno, y eterno el Espíritu Santo:

"Empero no son tres eternos, sino un solo eterno; como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo inmenso, un solo increado.

"Asimismo el Padre es todopoderoso, el Hijo es todopoderoso, y todopoderoso el Espíritu Santo: así el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; así el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

"Porque así como la verdad cristiana nos obliga á reconocer y confesar que cada una de las tres personas es Dios y Señor, la religion católica nos prohibe el creerlas tres dioses ó tres señores.

"El Padre no fué creado ó engendrado por otro: el Hijo no fué creado, sino engendrado por el Padre solo; el Espíritu Santo ni fué creado ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo.

"No hay, pues, mas que un solo Padre y no tres Padres; no mas que un solo Hijo y no tres Hijos; no mas tampoco que un Espíritu Santo y no tres Espíritus Santos.

"Y en esta Trinidad no hay mas antiguo ni menos antiguo, mas grande ni menos grande, sino que las tres personas son coeternas é iguales entre sí.

"De suerte que, como se ha dicho, debemos adorar la unidad en la Trinidad, adorando tambien la Trinidad en la unidad."

Cuando San Atanasio escribió estas palabras, estaba inspirado de la luz de lo alto, y así la Iglesia, que quiere que el dogma de la Santísima Trinidad sea inmutable, hace un deber á los sacerdotes la repeticion de este símbolo en todos los domingos.

"Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y que nos encerremos por unos instantes en nosotros mismos, en nuestra alma, en esta parte á donde llega la verdad y se hace oir, verémos allí una imágen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como el gérmen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Y por esto es que toma este Hijo de Dios el nombre del Verbo, para darnos á entender que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esa palabra interior que sentimos en nosotros cuando contemplamos la verdad.

"Empero lo fecundo de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imágen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos esta palabra interior y el espíritu que la produce, y amándola, sentimos en nosotros mismos algo que no nos es menos precioso que nuestro espíritu y nuestro pensamiento, que es el fruto del uno y del otro que los une y se reune con ellos, no haciendo todos mas que una misma vida.

"Así, pues, si puede hallarse relacion entre el hombre y Dios, así, digo, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa y del Hijo que es su pensamiento, para hacer, reuniéndose, una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta.

"He aquí, esclama Chateaubriand, un bello comentario á propósito de una sola palabra del Génesis: *Hagamos el hombre.*"

¿No es, en verdad, lastimoso el oir á hombres fútiles y ligeros, á inteligencias que no han meditado mas que el placer, imaginaciones nutridas de cobre y plata, de lucro y de negocios, reir y mofarse de los misterios del cristianismo, cuando genios tales como Tertuliano y Bossuet se detuvieron á contemplar y admirar su grandeza y sublimidad?

San Ambrosio, Orígenes, y San Agustin, al escribir sobre el dogma de la Trinidad, no vacilan en

decir que los santos patriarcas tenian conocimiento de este misterio, creyendo que eran bastante puros y santos, y que estando tan cerca de Dios, hasta conversar con él, no debian ignorar nada de su grandeza.

Empero detengámonos con respeto ante estas impenetrables profundidades. Si es dado á los ángeles contemplar faz á faz el triángulo de fuego que resplandece en lo alto del cielo; sí, como el águila que va á mirar de cerca al sol, pueden soportar tanto esplendor y brillo sin destruirse, no nos pertenece á nosotros levantarnos tan alto, y debemos adorar entre el polvo.

Un santo doctor que buscaba el silencio para entregarse lejos del ruido y distraccion del mundo á la oracion y meditacion, se paseaba un dia solo por la ribera del mar, y ocupado de graves pensamientos, ora miraba al cielo, ora llevaba sus miradas por la inmensidad de las ondas.

La vista del cielo, de la bóveda azul y de las nubes, el espectáculo del mar con su movimiento y sus olas, son dos magníficas escenas que agradan á las almas meditabundas: hay en ellas algo de infinito, y esto eleva hácia Dios.

Preocupábase el santo en su solitario paseo con el misterio de la Trinidad. Acostumbrado en su retiro el santo á profundas meditaciones, mil cosas que nos detendrian á nosotros no eran obstáculos para él; y la santidad de su vida, el hábito de oracion le habian dado, por decirlo así, alas que lo llevaban con frecuencia á muy altas regiones: así aquel dia, olvidando la humildad, no se retiró ante el mas impenetrable de los misterios, y creyó que el saber humano podria comprender el Dios en *tres personas* y esplicar la Trinidad. ¡Pensamiento de orgullo! Ahora, dijo, va á revelarme mi penetracion lo que no se ha dado á los demas hombres; y yo, criatura, voy á comprender el Criador.

Ya por las ideas lucidas y claras que se sucedian, creia hacer de ellas escalones para ir á ver en el cielo los misterios sagrados, cuando cerca de sí vió un niño sentado á la orilla que cavaba un pocito en la arena, y cada vez que la ola venia junto á él, tomaba con una conchita del agua, y la vertia en el pozo que hizo con sus manitas..... El santo, ecsaminándolo un rato le dijo:—¿Niño, qué haces?—Quiero sacar el agua del mar y echarla en este pozo.—¡Cómo! ese trabajo es locura.—Menor, respondió el niño, que el que os ocupaba denantes. Yo vaciaré la mar y contaré sus arenas, primero que vos concibais el misterio que vuestro orgullo pretendia esplicar." Y luego, desplegando sus alitas, hasta entonces invisibles, se elevó el querubin de la ribera al cielo. El solitario humillado se prosternó en tierra y adoró con fé y simplicidad de corazon.

En el oficio del domingo de la Trinidad, cantan los sacerdotes en la procesion: "Los serafines cantaban y respondian entre sí: ¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos!"

"La tierra entera está llena de vuestra gloria, y tres dan testimonio en el cielo: ¡el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; tres que no son sino uno!"

"¡Vos sois admirable, oh Señor nuestro Dios! ¡Os sentais sobre los querubines y veis hasta el fondo del abismo!"

"¡Vos sereis, Señor, alabado en el firmamento y hasta el fin de los siglos!"

"¡Dios, tres veces santo! ¡Dios tres veces poderoso! ¡Incomprensible Trinidad! ¡Esplendorosa luz eterna! ¡Unidad siempre verdadera! ¡Verdad siempre una! ¡Caridad siempre la misma! ¡Alabado y bendecido séais, porque sois la alegría de los ángeles y el regocijo de los hombres!

"¡Estais rodeado de impenetrables nubes y habitais inaccesible; los arcángeles y toda la milicia celestial os adoran; las dominaciones, las virtudes y las potestades tiemblan en vuestra presencia!"

El Evangelio de este dia invistió á los apóstoles de su gran mision:

"En ese tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles á observar cuanto os he mandado; id seguros que yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos."

El dia que recuerda esta mision dada por el Salvador á los apóstoles, debe ser celebrado por la Iglesia, porque el Evangelio de este dia fué el que le dió el mundo. "Id é instruid todos los pueblos: yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos." ¡Qué gran investidura y qué promesa consoladora! y ¡qué esperanzas mejor fundadas que las nuestras!

Un obispo de Lieja, Estévan, desde el año 920, compuso un oficio en honor de la Santísima Trinidad.

El concilio de Arles ordenó en 1260 la celebracion de la fiesta de la Trinidad; mas fué solamente en el décimo cuarto siglo, bajo el pontificado del papa Juan XXII, que se hizo esta solemnidad general en toda la cristiandad.

CORPUS.

Para describir bien esta fiesta del Corpus, seria preciso todo lo risueño de la estacion en que la Iglesia ha querido celebrarla. Seria menester el radiante sol, el cielo azul y las flores de Junio. Necesitaria de la inspiracion que dan estas cosas esteriores y de los vivificantes pensamientos que bajan al alma con el rocío que en los bellos dias cae sobre las flores.

Y sin embargo, voy á hablar de ella cuando se deshojan las rosas y que solo quedan las dalias del otoño, y al ruido del viento de los muertos que comienza á soplar, y en lugar de pintar del natural, tendré que bosquejar de memoria. Empero en el dia cuyo orígen describo hay tanto recuerdo, tan santa poesía, que espero que mis pinceles darán á lo que produzcan algun color.

Fué el Juéves santo la verdadera conmemoracion del misterio *eucarístico*, y debia hacerse en este dia la fiesta de nuestros tabernáculos; pero, ¿có-

mo introducir el regocijo en la semana de los dolores? En la víspera del Viérnes santo la Iglesia, como una desconsolada esposa, no podia coronarse de flores ni entonar cánticos de alegría.

Así es que las pompas del Juéves santo semejan á un rayo de sol en un dia sombrío. En este dia, en verdad, los ornamentos violados no son los que visten los sacerdotes; pero desde el oficio de por la mañana el altar está despojado, y el tabernáculo vacío permanece abierto. En la víspera de la muerte del Salvador no se dejan de repetir las palabras pronunciadas en la cena cuando partió el pan con sus apóstoles, palabras que serán repetidas hasta el fin de los siglos, pues que por ellas baja Dios de los cielos en medio de los hombres.

Queriendo Jesucristo disponer los espíritus á concebir la trasformacion que debia hacer de su carne y de su sangre, en alimento y bebida, para nutrir las almas de aquellos á quienes deseaba procurar la vida eterna, habló al principio de un mantenimien to que no era perecedero y de un verdadero pan del cielo: luego insinuó que *él mismo* era ese mantenimiento, ese pan celestial; y en fin declaró abiertamente que *él* era el pan de la vida, diferente del maná del desierto, que no garantia de la muerte. "Yo soy, dijo, el pan vivo venido del cielo con el fin de que aquel que coma de él no muera, sino que viva eternamente. El pan que daré es mi carne."

Al oirlo hablar así se preguntaban uno á otro los judíos cómo podia ser eso, y Jesus decia: "En verdad os declaro que si no comeis de la carne del Hijo del hombre y si no bebeis su sangre no tendreis la vida eterna: y aquel la tendrá que coma de mi carne y beba de mi sangre: yo lo resucitaré en el último dia, porque mi carne es verdaderamente un mantenimiento y mi sangre una bebida, y el que coma y beba de ellas vivirá en mí y yo en él, como mi Padre que me envia está vivo y que yo vivo por él, así el que coma de mí vivirá tambien para mí. Este es pan del cielo, no como el maná de que vuestros padres comieron en el desierto y que no les evitó el morir, sino un pan que comiéndolo hará vivir eternamente."

Así hablaba Jesus en Cafarnaum en medio de la sinagoga, en donde acostumbraba entrar los sábados para enseñar. Algunos de sus discípulos que lo oian dijeron: "Este discurso es difícil, y ¿quién puede comprenderlo?"

Jesus, conociendo sus secretos murmullos, les dijo: "Mis palabras os chocan, y ¿qué será cuando veais al Hijo del hombre subir hácia donde antes estaba? El espíritu es el que vivifica, la carne no sabe. Lo que os he dicho es espíritu y vida; pero entre vosotros hay algunos que no creen, y por eso os dije tambien que nadie podria venir á mí si no le era dado por mi padre."

Entonces muchos de sus discípulos lo dejaron. Lo que visto por Jesus, dijo á los doce escojidos: "¿Y vosotros no me dejareis tambien?" y Simon Pedro respondió: "¿A quién podriamos ir, Señor? Vos teneis las palabras de la vida eterna." Al leer y trascribir estas santas y misteriosas palabras, se ve cuán grande era el deseo que tenia el Salvador de preparar los espíritus para el gran misterio de su amor. El sabia cómo se rebelaria la orgullosa razon humana contra lo que no podria comprender. Así es que mas de un año antes de la institucion del sacramento de la Eucaristía, hablaba de aquel modo en la sinagoga, delante del pueblo reunido para orar en el dia del Señor.

Llega en fin la noche de la Cena Pascual, y entonces, sentado en la mesa con los doce apóstoles, llega á la tierra el don de su eterno amor. Y tomando el pan y dando gracias, lo rompió y lo repartió á los discípulos diciendo: "Tomad y comed, que este es mi cuerpo, que os es dado y que será entregado por vosotros; hacedlo en memoria mia." Y tomando la copa y dando gracias, la presentó diciendo: "Bebed todos, porque esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza que se derramará en favor de muchos por la remision de sus pecados. Este es el cáliz del nuevo testamento, misterio de fé, cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros: haced esto siempre en memoria mia."

Bebieron todos y Jesus les dijo: "Os declaro que no beberé de hoy mas el fruto de la viña, hasta que de nuevo lo beba con vosotros en el reino de mi Padre."

Y este misterio de la carne y sangre divinas es el que se celebra el dia del Corpus, y para que nada falte á su pompa, la Iglesia lo colocó en la mas dulce y risueña estacion del año. Y en esta eleccion de un dia de Junio para celebrar al Dios de la naturaleza, hay una grande armonía, porque este Dios que obra con su poder el prodigio de la Eucaristía, es el mismo que hace nacer y abrirse las flores: y yo, que no quiero que mi corazon se deseque por la duda; yo, que quiero doblegar mi espíritu ante lo que la fé manda, creo que es tan fácil á Dios hacerse el mantenimiento espiritual del hombre, como hacer brotar las prímulas de la primavera, descender las nieves en invierno y brillar la luz en medio de las tinieblas de la noche.

Empero contra este misterio de los altares se habia ya blasfemado por algunos herejes, y sentia la Iglesia la necesidad de una expiacion, y ¡admirad cuán agradables son á Dios la humildad y la piedad! fué una vírgen de diez y seis años, la bienaventurada Juliana de Monte Cornillon, religiosa hospitalaria en las puertas de la ciudad de Lieja, la escojida para escitar la institucion de una fiesta anual en honor del santísimo Sacramento.

En su celda, el amor de Jesucristo la escita y la abrasa, y llora sobre la ceguedad de los hombres que lo desconocen, y nada la consuela cuando ve que el Dios que adora está ultrajado en los altares en que su bondad lo hace habitar. En sus santos pesares y ardientes oraciones se eleva en éstasis hasta el cielo; y cuando baja de las celestiales alturas no creais que la vírgen permanecerá tímida sin atreverse á levantar la voz, sino que se hará oir del sumo pontífice. Y esta fiesta, concebida por la piadosa novicia, hará marchar á los reyes, los magistrados y los guerreros para asistir á sus pompas; y el dia que la humilde doncella hubo escojido será el mas bello del año cristiano.

Dios prueba á sus santos, y Juliana murió antes de ver realizado el deseo de su vida; empero una hermana, tambien de Lieja, continuó la obra comenzada, y el 8 de Setiembre de 1264, un breve del papa Urbano IV fué espedido á la piadosa amiga de Juliana. Esta bula, dada en Orvieto, instituye la fiesta del Sacramento y ordena que se celebre con todas las solemnidades de las fiestas de primer órden. Y la voluntad del pontífice está cumplida hoy, porque el catolicismo no tiene una fiesta mas conforme al corazon de los pueblos que la del Córpus.

Podria llamarse esta santa jornada la fiesta de la tierra, de las ciudades y de las aldeas, pues que no hay donde quiera sino gozosos repiques, cantos de alegría, arcos de verdor en los campos, ricos tapices en las calles de las ciudades, columnas de incienso que suben hasta el cielo, flores deshojadas y esparcidas por el suelo, el pueblo vestido de nuevo, niños coronados de rosas y azulejos, altares cerca de las chozas y de los palacios, banderas, cirios y tambores, soldados pacíficos y sacerdotes radiantes de alegría.

¡Oh, aquel que es bastante feliz para no tener sobre el corazon el peso de ningun remordimiento, siente en aquel dia, cuando despierta, el regocijo general con el aire de la mañana! esa alegría está donde quiera y sube de la tierra como una súplica y baja del cielo como un beneficio. El aire está impregnado de ella, y en ese dia el clima parece mas suave: los que lloran sienten que sus lágrimas son menos amargas, y los dichosos gozan mejor de su felicidad.

De todos los dias del año, es este aquel en que mas convencido queda uno de la presencia de Dios por donde quiera. El rey depone en su palacio la corona, y baja del trono para seguir á aquel que le ha conferido el poder: el pobre, sufriendo en su lecho, se alza de su cama para ver pasar á Dios que cura y consuela, y los niños en las familias desde temprano se levantan para admirar los altares de la ciudad antes que la multitud obstruya las plazas y las calles, porque en este grande dia se viene de lejos para asistir á esta procesion, en la que marcharán los príncipes de la Iglesia.

Toda su pompa y toda la gente que la admira ocultan lo feo y lo viejo de la irregular ciudad, que se cree en este dia bella por su entusiasmo y por lo poético de la fiesta. ¡Poesía! ¡Entusiasmo! ¡Cómo embellecen las cosas estos rayos del cielo!

He aquí la marcha de la procesion. Los mas humildes y pobres van los primeros con sus cruces de madera: las órdenes mendicantes hienden la multitud, y esto es una memoria del Oriente, porque estos religiosos, con sus cabellos rasurados y su larga barba, sus sandalias y sus hábitos pardos, no han cambiado nada al uso de los primeros anacoretas. Así estaban vestidos en sus grutas, cavadas en las rocas, los hijos de la soledad y del silencio. Van luego los niños vestidos, recordando las escenas del Antiguo y Nuevo testamento. Ora es Abraham pronto á sacrificar á Isaac, y el ángel que detiene el brazo de aquel patriarca; ora Agar en el desierto, cerca de Ismael, muriendo de sed; ya el juicio de Salomon y la reina Sabá que le trae presentes; mas lejos, el nacimiento del Niño Jesus, la cuna con los pastores y los ángeles, ó los magos ofreciendo al Hijo de María oro, incienso y mirra; David tañendo su harpa delante del arca; Miguel con su espada desnuda contra el infierno; Rafael conduciendo á Tobías, y los diversos pueblos de la tierra en grupos, danzando reverentemente ante el Sacramento que regocija á todos, ante el Dios vivo que se oculta en la hostia eucarística.

Vése, sin embargo, todo esto á alguna distancia del Sacramento, porque cerca de él vienen todas las órdenes religiosas de los diferentes conventos de la ciudad, los levitas de los seminarios, el clero de las parroquias, los canónigos de la catedral, los capellanes de hospicios y capillas, los colegios y gentes notables que marchan en dos filas unos con cirios encendidos, otros con ramos verdes ó ramilletes de flores.

Entre esta doble hilera se adelantan lentamente las cruces y guiones con festones de flores y flotantes banderas, las estátuas de los santos, las urnas de los mártires, de las vírgenes, de los ermitaños y de los pontífices; estos relicarios de formas góticas y antigua escultura, se llevan en andas cubiertas de terciopelo y franjas de oro y plata, por jóvenes tonsurados, con albas y cíngulos azules. Y luego lejos, al fin de esta larga avenida, por entre mil esplendores y en medio de nubes de incienso y de una lluvia de rosas deshojadas, que baja en cada calle, de cada casa y de cada balcon, se percibe la custodia radiante como un sol en manos del obispo bajo el magnífico palio de la catedral, cuya gotera bordada de oro, se ondea sobre el Sacramento y el pontífice. Príncipes, señores, militares y magistrados, tienen á su turno el honor de llevar las varas del palio; y con este cortejo pacífico se junta la milicia. Plumeros, bayonetas y espadas se ven brillar al lado de las cruces de plata y de las llamas de los cirios y de los hachones. Con frecuencia se detiene la procesion en los altares que cada barrio ha hecho, y la carrera por donde pasa, mejor habitada, está magníficamente colgada.

La Iglesia ha escojido el juéves despues de la octava de Pentecostés, para celebrar esta fiesta querida de los cristianos.

"La parte mas brillante del oficio del santo Sacramento, dice el Tratado de las Fiestas, y que mas contribuye á distinguir ésta de las otras, es la solemne procesion en que el cuerpo de Cristo se lleva en triunfo con el mayor aparato. Fijan muchos esta institucion á Juan XXII, y creen que debe su orígen á la esposicion del Santísimo."

Dura esta esposicion toda la octava de la fiesta eucarística, y es maravillosa la magnificencia de nuestras iglesias en ella. En las ciudades, tiene en verdad grande encanto esta octava para las almas piadosas; pero en el campo, la *salutacion* por la tarde tiene un santo atractivo para los católicos que habitan las santas mansiones y las cabañas de las aldeas.

Cuando el sol se estingue en el cielo, se encienden los cirios sobre los altares, y cuando los pajarillos cesan sus cantos bajo la enramada, comienzan

los himnos en las iglesias. Los ricos y los pobres se encaminan hácia el rústico templo cuyas campanas repican, y á esa hora en que la frescura y el reposo descienden sobre la naturaleza, la oracion y la paz del cielo llegan á las almas que creen, que aman y esperan.

Conserva el altar los ornamentos con que se habia adornado en el gran dia: el palio permanece en el santuario con la cruz de plata y la bandera de los antiguos tiempos. Las flores, los arbustos y los naranjos, que los jardineros de la comarca han dado en aquellos dias, mezclan aún sus perfumes con el incienso, y bajo las doradas palmas, agachadas como una bóveda, ó bajo el cortinaje de terciopelo carmesí, entre dos ángeles que adoran, está espuesta la custodia con sus rayos de oro y plata y de preciosas piedras. Durante el dia han ardido los hachones, y las almas piadosas y los notables se han relevado para que no se pase una hora sin adoracion.

Si un estranjero entra entonces en la iglesia, sea en la ciudad ó en la aldea, se siente tocado de tan piadosas prácticas; y si tiene la felicidad de creer, se prosterna y se mezcla como hermano de aquellos que ve acaso por la primera vez; si no cree.... él envidiará entonces la fé de aquellos que ve orando en calma y en silencio, porque percibe que hay allí un gran reposo y una paz profunda. Con el olor de los cirios perfumados que arden, con la fragancia de las tuberosas y de los naranjos agrupados sobre el altar y con la suavidad que queda del incienso, se respira allí como un aire bendito del cielo.

Y cuando llega al octavo dia el fin de la octava, los fieles que se habian acostumbrado á orar juntos se contristan de ver concluir este tiempo santificado. Se diria una familia que va á dejar de vivir bajo el mismo techo, ó bien hermanos que van á separarse.

Ha habido tanta piadosa alegría en el pueblo cristiano el dia de Córpus, que no puede dejar de tener un reflejo. Así es que en el dia de la octava, que en algunos paises se llama pequeño Corpus, hay tambien una procesion.

Las procesiones del Santísimo Sacramento varian de pompa y de belleza segun los lugares. Majestuosas en las ciudades, están llenas de gracia en las aldeas. La fiesta del Corpus en el campo puede muy bien compararse con la fiesta de los *Tabernáculos* de los hebreos. Desciende entonces el Señor para habitar bajo las bóvedas de verdor y flores.

"En las ciudades, dice Chateaubriand, el repique de las campanas y el ruido del cañon anuncian que el Todopoderoso ha pasado el umbral del templo. A intervalos cesan las voces que cantan y los instrumentos que tañen, y se hace un silencio tan majestuoso como el de los grandes mares en un dia de calma, y en el recojimiento de la multitud se oyen apenas los pasos sobre el enlosado que resuena.

"Empero, ¿dónde va este Dios temible, cuya majestad proclaman los poderosos de la tierra? El va á descansar bajo tiendas de lienzo y arcos de verdor que le presentan, como en los dias de la antigua alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazon, los pobres, los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados le siguen, y marcha entre la simplicidad y la grandeza, como el mes que se escojió para la fiesta se muestra á los hombres entre la estacion de las flores y de los rayos.

"Las ventanas y los muros de la ciudad están llenos de habitantes cuyo corazon se abre en la fiesta del Córpus de la patria; el recien nacido tiende sus bracitos al Niño Jesus, y el anciano, inclinado hácia la tumba, siente de repente, libre de sus temores, no sé qué seguridad de vida que lo llena de alegría á la vista del Dios vivo."

La fiesta del Córpus no gusta solamente á la multitud que viene á ver pasar por las calles las pompas del santuario, sino que está llena de encanto para los poetas, y si no, ved á cuántos ha inspirado. Hemos citado á Chateaubriand, el primero de todos, y despues de él á Delille, Soumet y muchos otros aún.

Hallamos en esta fiesta tantas cosas para elevar el espíritu, mover el corazon y santificar el alma, que damos de ella diferentes cuadros. Ya dijimos la pompa de la ciudad; dirémos ahora la simplicidad del campo.

De tal modo se nos quiere dar la libertad, que las poblaciones católicas de muchas grandes ciudades se ven hoy como desheredadas de la magnificencia de la religion. En Paris, ciudad antes querida de los reyes *cristianísimos*, el Dios de Clotilde y de Clovis está como prisionero en los templos.—Los ministros, temiendo los sacrilegios, no se atreven á hacer salir del Santo de los santos la radiante Eucaristía. ¡Quién sabe si los *espíritus fuertes* del siglo y el racionalismo no se hallarian en las calles para insultarla!

En la aldea, así como hay mas fé, hay tambien mas verdadera libertad. En la pequeña iglesia, bastante vasta empero para contener sus feligreses, se muestra fuera su bandera y palio de damasco rojo, su cruz y ciriales y hermosos ramilletes. Esta es toda la magnificencia de aquel rústico templo.

Un anciano cura, confesor de la fé, un jóven vicario de una apariencia suave y modesta, componen todo el clero, y vienen luego los acólitos con albas blancas, con fajas azules, unos de ellos con incensarios y otros con canastillos de flores, de las cuales riegan delante del sacerdote: cien niñas con velos blancos, y conducidas por las hermanas de la cofradía de Nuestra Señora siguen la bandera de la Vírgen, y la escuela del pueblo con una circunspeccion religiosa, que pudiera dar ejemplo á un gran colegio, va en órden delante del Sacramento.

La alianza entre los presbiterios y las buenas familias es antigua: y ¿cómo pudiera ser de otro modo? Las señoras y sus hijas han ocupado siempre sus ocios en bordar los ornamentos de sus capillas ó de la iglesia de la parroquia. Ellas envian siempre las limosnas para los pobres á los curas, quienes los han recomendado á su caridad. Así en las Rogativas, y en el Córpus particularmente, el clero de las aldeas viene á su morada á mostrar su reconocimiento y á hacer ver los necesitados que han socorrido.

Sale la procesion de la iglesia con un sol resplandeciente, y por algun tiempo la cruz de plata brilla con sus rayos; mas luego se esconde en la sombría arboleda, cercada por los honrados campesinos de la comarca, que deponiendo sus azadas y hachas toman los ciriales y las varas del palio que cubre el Sacramento, y le acompañan; y sus voces en la espesura, mas fuertes que justas, hacen resonar las alabanzas del Dios que se manifiesta bajo una misteriosa apariencia.

Despues de los cantores, el maestro de la escuela se muestra grave entre algunos de sus discípulos, y dirige el canto de varios himnos antiguos, que aquellos niños entonan con indecible alegría. Dignos cantores de tan divina fiesta, puros, alaban la pureza del eucarístico misterio, y mas que la armonía, se nota el entusiasmo y la fé de la jóven edad.

Al fin de una calzada se descubre el verde pórtico de una larga nave gótica, y es esta un hermoso templo casi tan ancho como el de Santa Genoveva, de mas de doscientos pasos de largo: mas de doscientas columnas con elegantes frondosos capiteles, adornados de guirnaldas que no se marchitan, con maravillosas y delicadas molduras y miembros que se cruzan y se entretejen, forman la bóveda; y en medio de este recinto, sombrío como nuestras catedrales, se percibe el altar elevado en numerosas gradas y brillando con la luz de los cirios y el esmalte de las flores. Cuando la voz del coro de la aldea se calla, los hábiles cantores del templo que describo celebran á su turno al Dios de la naturaleza. Los pajarillos son los cantores de esta gótica nave, compuesta de una avenida recta á la francesa, de hermosos árboles que forman con sus ramas la bóveda debajo de la cual en la religiosa sombra se elevó el altar, y la procesion hizo en él su última estacion. Y al través de los móviles ramos, los rayos del sol venian á hacer brillar la custodia levantada por el sacerdote sobre la multitud, que, de rodillas en medio del musgo y de flores deshojadas, guardaba un gran silencio....¡Oh, qué lejos estábamos allí del ruido que las revoluciones traen en pos de ellas! ¡Habria uno querido permanecer allí largo tiempo con los que ama!.... Empero, el rústico maestro de ceremonias dió la señal, y la procesion se puso de nuevo en camino.

Antes de entrar en la iglesia, se dió vuelta al cementerio, por el cual se marchaba silenciosamente, sin ruido, como sobre una alfombra. Las rosas, amapolas y azulejos que los niños regaban delante de los pasos del Dios que ha dicho: "Yo soy la resurreccion y la vida," caian sobre las huesas de los finados de la aldea, y se detuvo un instante el Sacramento ante la tumba de una matrona bienhechora del pueblo, para bendecir la mujer caritativa y piadosa que habia adornado los altares, vestido al pobre y mantenido al huérfano.

En toda esta ceremonia campestre, fué sensible que la procesion no se dirigiera hácia la mar que está cerca, y allí sobre las rocas acantiladas, á doscientos pasos de las espumosas olas, hubiera sido bello un altar. Acabábamos de ver un Dios de mansedumbre y paz bajo el hojoso templo; y habriamos visto allí un Dios fuerte y magestuoso sobre uno de estos petruscos inmutables que su mano crió en frente de esas grandes aguas en que anduvo su eterna sabiduría.

Parecia injusto dejar así de lado el mar, porque él tambien alaba al Señor que le ha dado el secreto de los abismos y el poder de las tempestades; y, ¿no le vemos siempre obediente á la voz del Señor abrir sus ondas para dejar pasar los protegidos, ó levantar sus olas para sumergir los reyes, los carros y los caballeros?

DEDICACION.

Al instante en que los hombres tuvieron el pensamiento de elevar templos al rey del cielo, debieron consagrar estas mansiones destinadas á recibir bajo sus bóvedas al que está sentado sobre las nubes. Antes que Dios se dignase bajar á un altar de mármol ú oro, fué preciso que el oro y el mármol fuesen mejor que la materia, y para purificarlos y santificarlos fué invocada la religion desde el principio: ella sola por la consagracion ha sido capaz de agrandar bastante nuestras iglesias para que el Todopoderoso, creador del universo, pudiese hacer su residencia en estas.

Cuando ella pone su mano sobre la frente del niño que acaba de nacer, y que vierte sobre su cabeza el agua del bautismo, le purifica de la mancha original: cuando el hombre está prócsimo á dejar la vida, aquella da el aceite de los moribundos, y el alma cristiana que parte, va consagrada á las regiones de mas allá de la tumba. Así tambien, cuando la religion toca la piedra de nuestros templos con su santo crisma, la hace bastante santa para que la misma santidad pueda sentarse en ella.

Dios, como espíritu eterno é incomprensible, no puede ecsistir sino en sí mismo: él mismo es su lugar, su mundo, su trono y su templo. *Yo vivo en mi Padre y mi Padre vive en mí*, decia Jesucristo. Los hombres habrian, pues, podido contentarse con ese bello templo que el Eterno se habia edificado, el *universo*, que tiene por altar los globos luminosos que brillan en el firmamento, y por estension el infinito; empero el pensamiento humano se hubiera perdido en los espacios sin límites, y Dios, midiéndose con nuestra debilidad, ha querido venir á habitar las casas que le hemos fabricado.

Era digno de su bondad rebajarse hasta tomar una habitacion entre nosotros: consintiendo por su Encarnacion en hacerse nuestro hermano, quiso acercársenos. Y para oir mejor nuestras súplicas, para estar mas prócsimo á nuestros dolores, no se arredró de nuestro valle de lágrimas.

La primera habitacion que tuvo el Eterno entre los hombres fué el *tabernáculo*, el *santo de los santos*, en el desierto, esa tienda portátil bajo la cual